

NUEVA HISTORIA de BOGOTÁ

BOGOTÁ

JULIO - SEPTIEMBRE 2026 • AÑO 3 N.º 9 • ISSN: 3028-5127

PUBLICACIÓN TRIMESTRAL GRATUITA DE LA SECRETARÍA GENERAL DE LA ALCALDÍA MAYOR DE BOGOTÁ



Transiciones energéticas
en Bogotá

Colecionable

ALCALDÍA MAYOR DE BOGOTÁ
Secretaría General
Alcalde Mayor
 Carlos Fernando Galán Pachón
Secretario General
 Miguel Silva Moyano
Subsecretaría Distrital
de Fortalecimiento Institucional
 Alejandra Rodas Gaiter
Director Distrital de Archivo de Bogotá
 Jorge Enrique Cachiotis Salazar
Subdirectora de Imprenta Distrital
 María Angélica Pumarejo
Oficina Asesora de Comunicaciones SGAB
 Johan Sebastián Rueda Becerra
Coordinación editorial
 Carlos Alfonso Díaz Martínez
Investigación gráfica
 Carlos Alfonso Díaz Martínez
Diseño y diagramación
 Hugo Germán Santander Posada
Diseño inicial
 Liliana Andrea Bohórquez Algecira
Impresión
 Secretaría General -
 Subdirección de Imprenta Distrital

Imagen portada



Tranvía de Bogotá sobre la carrera Séptima. Sin fecha.
 Colección Carlos Martínez Jiménez.
 Archivo de Bogotá.

ISSN edición impresa: 3028-5127
 ISSN edición en línea: 3028-5380

© Nueva Historia de Bogotá,
 Derechos reservados

Prohibida su venta

La responsabilidad sobre las opiniones expresadas en los artículos de esta publicación corresponde a sus respectivos autores y no comprometen a la Alcaldía Mayor de Bogotá, D.C.

ARCHIVO DE BOGOTÁ
 Calle 6 B # 5-75
www.archivobogota.gov.co
 PBX: +57 1 3813000 ext. 4113
contactoarchivobogota@alcaldiabogota.gov.co
 Bogotá, 2025



Consulta la programación
 de la Agenda Cultural
 del Archivo de Bogotá

Las capas energéticas de la ciudad

El noveno número de la Revista Nueva Historia de Bogotá reúne tres artículos de divulgación histórica sobre las transformaciones energéticas que acompañaron el crecimiento urbano, industrial y social de la capital. Los textos examinan el tránsito entre distintas fuentes de energía y muestran que estos cambios no fueron lineales, pues la leña, el carbón, la electricidad, el gas y los combustibles líquidos coexistieron durante largos periodos.

Sebastián Huérfano reconstruye las transiciones energéticas de Bogotá entre 1850 y 2000. Su artículo sigue los cambios ocurridos en los hogares, la industria y el transporte, desde el predominio de la leña y la fuerza animal hasta la expansión del carbón mineral, la electricidad, la gasolina y el gas natural. El autor destaca los ritmos desiguales de estas transformaciones y su relación con la urbanización.

Juan Montealegre estudia la introducción de la luz eléctrica entre finales del siglo

XIX y las primeras décadas del XX. A partir de episodios como la Exposición Nacional de 1910 y las fuentes luminosas de la Plaza de Bolívar, analiza la electricidad como innovación técnica y como símbolo de modernidad, atravesado por resistencias culturales, fallas del servicio y tensiones políticas.

Reina Jiménez aborda el surgimiento y consolidación de la Empresa de Energía Eléctrica de Bogotá. Con documentación del Archivo de Bogotá, reconstruye la iniciativa de la familia Samper Brush, la construcción de El Charquito y la ampliación posterior de la infraestructura de generación. Su texto muestra cómo empresas, normas, trabajadores y obras hidráulicas hicieron posible la electrificación y modificaron la experiencia urbana de Bogotá.

En conjunto, los artículos muestran cómo la energía transformó espacios, prácticas cotidianas, ritmos urbanos y expectativas colectivas.

Jorge Enrique Cachiotis Salazar
 Director Distrital de Archivo de Bogotá



Mujer comerciante con un burro de carga en el centro de Bogotá. Sin fecha.

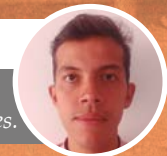
Colección privada
 Carlos Martínez Jiménez.
 Archivo de Bogotá

CARBÓN, ELECTRICIDAD Y GASOLINA

La transformación energética de Bogotá (1850-2000)

Sebastián David Huérfano Aguilar

Historiador de la Universidad Nacional de Colombia.
 Estudiante de Doctorado en Historia en la Universidad de los Andes.



Palabras clave:
energía,
transición,
Bogotá,
hogares,
industria,
transporte.

Gracias a que mi carbón [vegetal] está *acreditao*, que si no me vendría de Bogotá con la *mitá* de la plata menos, porque los ricos han *dao en trer* carbón [mineral] en los carros.

Con estas palabras, Eugenio Díaz Castro en su novela Bruna la carbonera (1880), no solo retrataba la angustia de una familia dedicada al comercio de leña y carbón vegetal en Bogotá, sino que capturaba los primeros síntomas de la transición de energías orgánicas a fósiles en la ciudad. Bruna, con sus cargas de leña auestas, fue testigo del momento en que la modernidad empezó a asomarse en una ciudad movida por energías orgánicas. Este artículo revisa los cambios energéticos de Bogotá y la manera en que han transformado la vida cotidiana de sus habitantes hasta el presente.

La transición energética

Hasta mediados del siglo XIX, la vida doméstica y los ritmos productivos de Bogotá dependían de un régimen energético orgánico basado en la leña y en la fuerza humana, animal e hidráulica. Los Cerros Orientales funcionaron como despensa energética para cocinas, hornos y talleres; la movilidad reca- yó en lomos de mulas y caballos, mientras que las faenas agrícolas dependieron de la resistencia de los bueyes y de la fuerza física de los agricultores de la Sabana. La transición energética es el proceso de transformación mediante el cual las sociedades pasaron de un régimen orgánico a otro moderno y fósil, sustentado en carbón mineral, petróleo, gas y electricidad (Smil, 2017). En Bogotá, este proce- so fue gradual y de larga duración: se inició hacia

1850 y se materializó en la década de 1950 con la electrificación, la industrialización y el crecimen- to automotor. Más que un reemplazo uniforme de energías, se trató de una serie de transiciones sec- toriales que avanzaron a ritmos distintos: hogares, industria y transporte incorporaron nuevas fuentes energéticas sin abandonar por completo las orgáni- cas (Fressoz, 2024).

Las primeras energías fósiles introducidas en la ciudad fueron el kerosene para la iluminación y el carbón mineral para estufas y hornos, hacia media- dos del siglo XIX. Las ventajas del kerosene impor- tado en el alumbrado público, así como el mayor poder calorífico del carbón frente a la leña, llevaron a que los bogotanos comenzaran a considerar estas nuevas fuentes, pese a que su precio inicial era ele- vado y su abastecimiento inestable. Paralelamente, la instalación de molinos y talleres hidráulicos en las inmediaciones del río San Francisco, junto con la incorporación de máquinas de vapor a finales del

siglo XIX, permitió que la ciudad experimentara la Revolución Industrial basada en el carbón, el hierro y el vapor (De la Pedraja, 1985).

El corazón de la casa: De la leña al gas natural

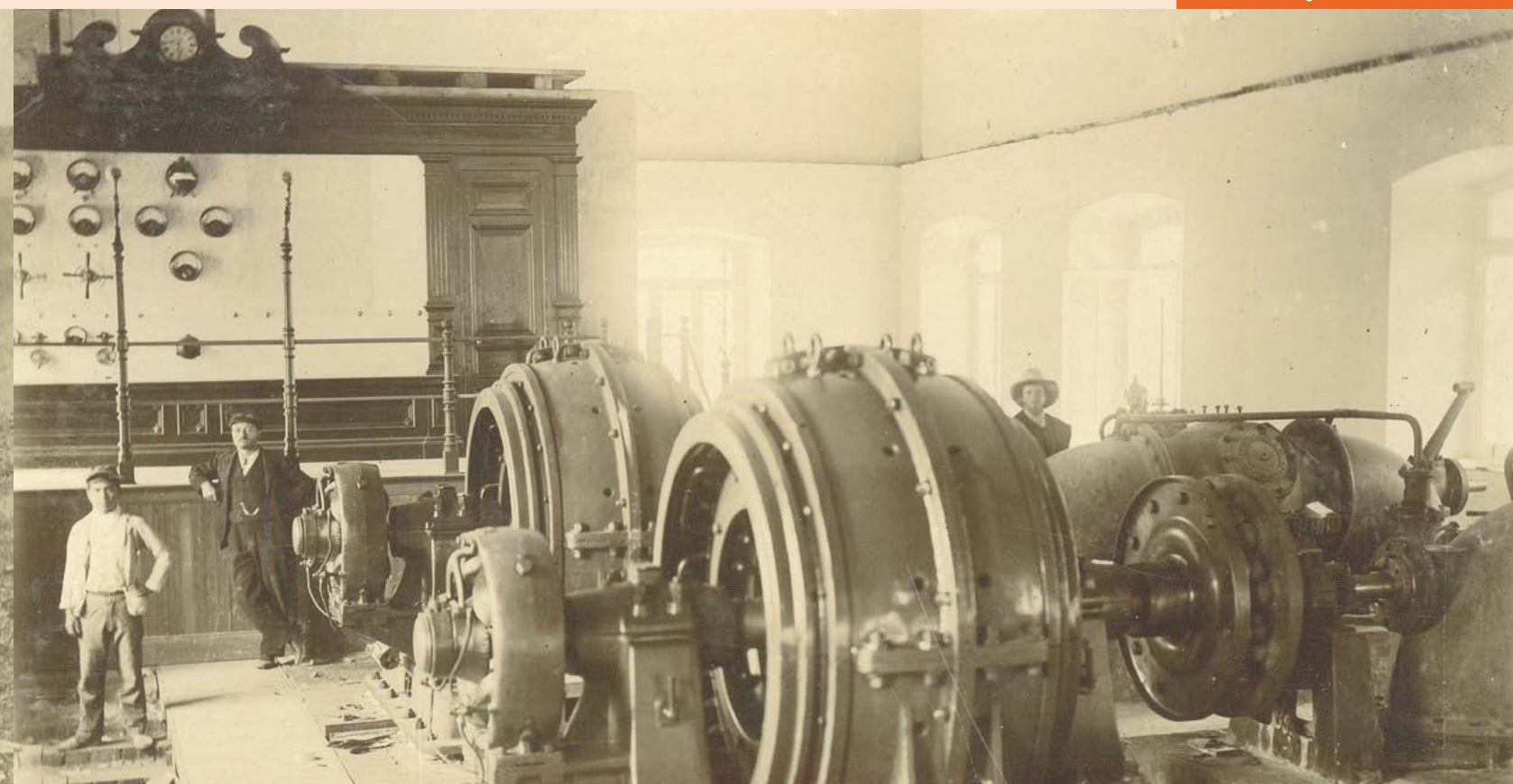
El espacio donde la resistencia al cambio fue más persistente fue la cocina. Los hogares fueron los principales consumidores de leña en la historia de Bogotá. Durante siglos, la necesidad de energía térmica impulsó redes de comercialización de leña que mujeres como Bruna transportaban desde los bosques hasta los mercados de San Victorino y la Plaza Mayor. A pesar de la introducción de estufas de carbón mineral y electricidad, las cocinas de leña se mantuvieron como predominantes incluso du- rante la primera mitad del siglo XX.

El cambio energético en el consumo doméstico comenzó hacia 1870 con la introducción del car- bón mineral. Los abundantes yacimientos de este

“Las primeras energías fósiles introducidas en la ciudad fueron el kerosene para la iluminación y el carbón mineral para estufas y hornos”

Sala de máquinas, Hidroeléctrica El Charquito, 1900.
Colección fotográfica Ernst Röthlisberger, Universidad Nacional de Colombia, álbum 1899-1900: fotografía 31.

Leñateros en las inmediaciones de la ciudad, 1899.
Colección fotográfica Ernst Röthlisberger, Universidad Nacional de Colombia, álbum s. XIX: fotografía 31.



“El gas natural se consolidó como la principal fuente de energía térmica en los hogares urbanos durante el cambio de milenio”

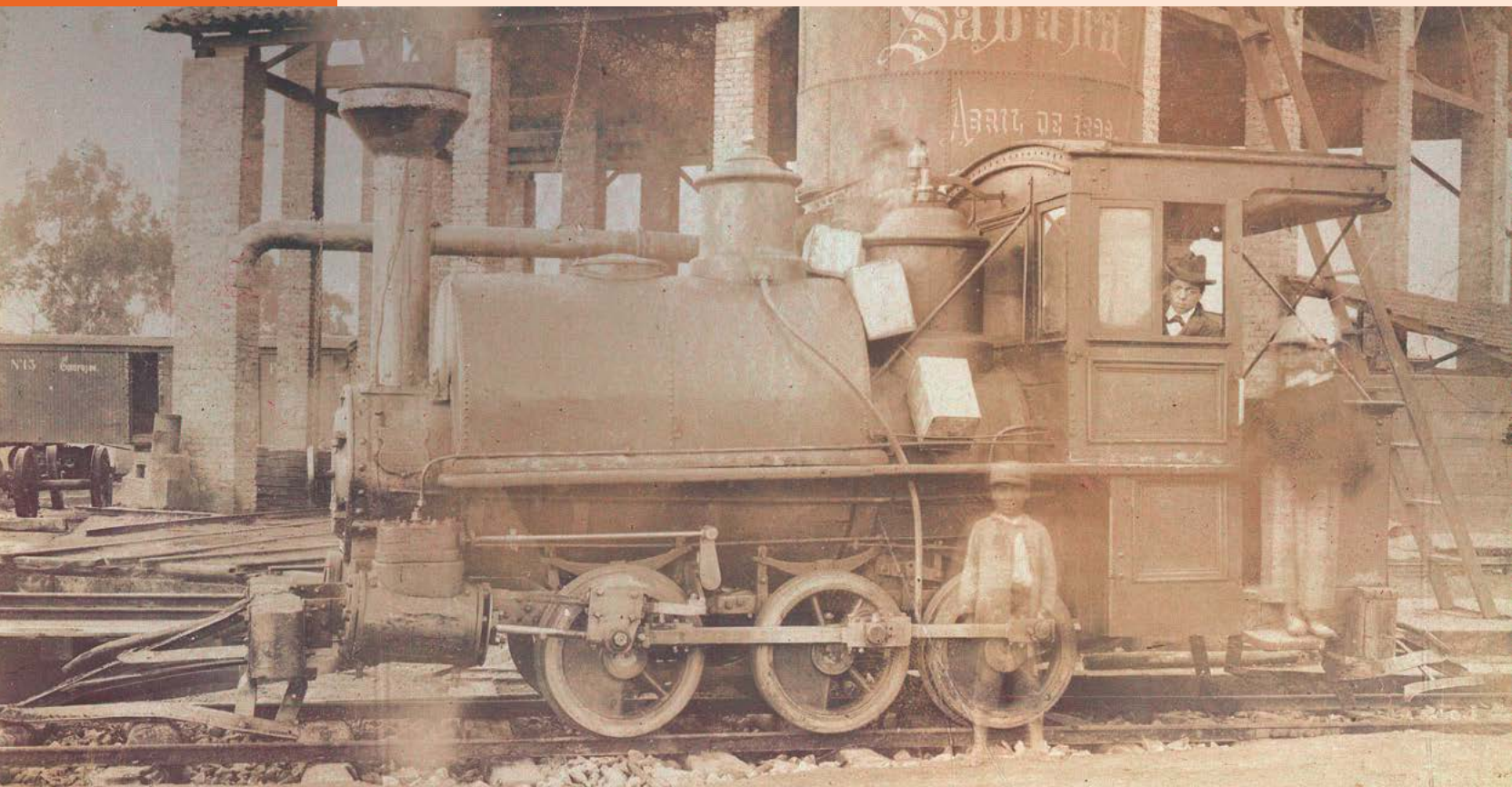
Locomotora del ferrocarril de la Sabana, 1900. Colección fotográfica Ernst Röthlisberger, Universidad Nacional de Colombia, álbum 1899-1900: fotografía 33.

combustible en el altiplano cundiboyacense facilitaron su temprana incorporación en la ciudad. Su poder calorífico superior, alrededor de 7.000 kcal/kg frente a las cerca de 3.000 de la leña, hizo que el carbón empezara a llegar desde zonas como Usaquén, La Calera y Zipaquirá. En 1902 se estableció la Plaza España como principal espacio de comercialización de leña, carbón y animales en pie (Acuerdo N.º 34 de 1902, Archivo de Bogotá). Durante varias décadas, el carbón y la leña coexistieron en los hogares bogotanos. Solo a partir de la década de 1940 avanzó la instalación de estufas eléctricas en Teusaquillo y Chapinero, junto con la difusión posterior del gas licuado de petróleo, GLP o gas propano, lo que marcó un cambio progresivo en los patrones de consumo doméstico.

Hasta 1950, Bogotá no experimentó crisis significativas en la provisión de energía para los hogares. No obstante, el acelerado crecimiento urbano transformó esta situación: entre 1948 y 1990, la

ciudad pasó de 700.000 a cerca de cinco millones de habitantes, lo que presionó los sistemas tradicionales de abastecimiento. En las nuevas periferias urbanas del occidente, sur y oriente, los hogares recurrieron a combinaciones de combustibles, como leña, carbón, electricidad, cocinol y gas en cilindros, algunos de ellos asociados a condiciones de informalidad y riesgo.

Los problemas de abastecimiento y acceso a la energía doméstica en las décadas de 1970 y 1980 comenzaron a mitigarse con el desarrollo de la red de gasoductos en la capital desde la década de 1990. A partir de entonces, el uso de cocinol, leña y carbón disminuyó de manera sostenida, aunque no desapareció por completo en todos los lugares. El gas natural se consolidó como la principal fuente de energía térmica en los hogares urbanos durante el cambio de milenio, al ser percibido como más limpio, eficiente y relativamente económico frente a las fuentes anteriores.



Industrias: entre carbón y electricidad

En el sector industrial la transición fue más veloz, impulsada por la búsqueda de eficiencia energética. Durante siglos, la Casa de Moneda, las ladrilleras y las destilerías de aguardiente consumieron de forma intensiva la leña de los Cerros para sus actividades. Sin embargo, desde 1837, industrias como las salinas de Zipaquirá y Nemocón comenzaron a incorporar carbón mineral proveniente de minas como San Jorge y San Juanito. A partir de entonces, carretas cargadas de este combustible empezaron a abastecer de manera creciente a Bogotá desde distintos municipios del altiplano. Su mayor poder calorífico y rendimiento favorecieron su adopción en hornos y calderas, desplazando progresivamente a la leña en múltiples procesos industriales:

La necesidad del precioso combustible se hace ya sentir de una manera imperiosa; en la actualidad las fábricas que están funcionando regularmente consumen carbón de Tibitó, de Cincha, de Zipacón y aún de Subachoque porque las carboneras más próximas a Bogotá apenas alcanzarán a abastecer a la décima parte de las industrias que lo requieren. (Archivo de Bogotá, Notas Comerciales, El Comercio N° 28, 22 de julio 1902, p.2)

Para principios del siglo XX, el carbón se consolidó como el motor de la industria bogotana. Los ferrocarriles que llegaban a la Estación de la Sabana transportaban toneladas de este combustible para alimentar las calderas de la Cervecería Bavaria, la Fábrica de Vidrios Fenicia y Cementos Samper. Este auge energético impulsó el traslado de las industrias desde Las Aguas hacia zonas como la Calle 13 y Plaza España, mejor conectadas con la red férrea. La caída del precio del carbón, de 7 pesos por tonelada en 1923 a 2,50 pesos en 1930, favoreció su uso creciente en hornos, calderas y en la generación termoelectrónica de empresas bogotanas como la Compañía del Molino de la Unión, los textiles La Magdalena y diversas fábricas de chocolate y tabaco. (Directorio Industrial de Colombia, 1937; Pardo Pardo 1972).

A partir de 1900, el carbón comenzó a convivir con la electricidad, transformando de manera decisiva los ritmos de la producción industrial. Tras siglos regidos por el ciclo natural del día y la noche, con iluminación basada en velas de sebo, aceites y parafina, la electrificación permitió ampliar los tiempos de trabajo y sostener la actividad productiva más allá de la luz solar. La introducción de motores eléctricos, bombillas y nuevas maquinarias no solo incrementó la productividad, sino que también extendió la jornada laboral y redefinió los usos del tiempo en la industria, los hogares y el espacio público.

Desde mediados del siglo XX, la expansión industrial de Bogotá y la Sabana consolidó el uso combinado de electricidad y carbón mineral. Empresas como Bavaria, Alpina, Colombina, Cementos Samper y Sofasa impulsaron la producción regional sobre esta base energética, articulando procesos térmicos y eléctricos. A ellas se sumaron instalaciones como la Planta de Soda de Zipaquirá y la expansión de la floricultura en la Sabana, estrechamente vinculada al consumo de energía eléctrica.

La ciudad en movimiento: del caballo al automotor

El transporte fue un sector profundamente transformado con la transición energética. Antes de 1890, la velocidad de las comunicaciones de Bogotá estaba limitada por el estado de los caminos y por la resistencia de caballos y mulas. La introducción del tranvía, primero de tracción animal y luego eléctrico, y la construcción de las líneas de ferrocarril, Norte, Sabana, Sur y Nordeste, marcaron el inicio del tránsito hacia un sistema de movilidad moderno, reduciendo la dependencia de la fuerza animal. Con la consolidación del Ferrocarril de Girardot en 1908, los viajes hacia el río Magdalena pasaron de tomar cuatro días a pie o a caballo a realizarse en cuestión de horas sobre rieles, integrando de manera más eficiente a Bogotá con los circuitos comerciales nacionales e internacionales.

“Desde mediados del siglo XX, la expansión industrial de Bogotá y la Sabana consolidó el uso combinado de electricidad y carbón mineral”



“Para los nuevos habitantes provenientes de zonas rurales, la ciudad ofreció un acceso ampliado a servicios energéticos, como iluminación, transporte, refrigeración y cocción”

En 1890, con una población cercana a los 200.000 habitantes, Salvador Camacho Roldán calculó los medios de transporte existentes en la Sabana de Bogotá:

2.000 carros de bueyes, 50 a 69 coches de alquiler, 20 o 25 ómnibus, tres locomotoras, 3 o 4 coches de pasajeros y otros tantos carros de flete en ferrocarril, en cosa de cincuenta leguas de caminos de ruedas que contamos en el interior de la altiplanicie (...) Los carros aparecieron en gran número y los fletes de Facatativá a Bogotá, que para un pasajero costaban hasta \$4 y de 2 a \$3 por carga de mercancías, bajaron hasta \$0.30 por carga y \$1 por pasajero de Los Manzanos (Camacho Roldán, 1890).

El tranvía eléctrico, las líneas férreas y los primeros vehículos automotores marcaron el inicio de la modernización del transporte en Bogotá en los primeros años del siglo XX. La capacidad de carga pasó de la escala animal, alrededor de 125 kg por carga y un par de toneladas en yunta de bueyes, a decenas de toneladas en vagones ferroviarios y camiones alimentados con gasolina y diésel, lo que mejoró la conexión interregional y la circulación de bienes y servicios.

La expansión del transporte férreo, automotor y de la red de carreteras durante las décadas de 1920 y 1930 facilitó la comunicación de Bogotá con los Llanos Orientales, el Tolima, Santander y el alto Magdalena, al reducir desplazamientos que antes tomaban varios días de camino a trayectos de apenas horas. Al mismo tiempo, el transporte urbano se aceleró con la introducción de buses, automóviles y la expansión del tranvía, que conectó el centro con Chapinero y otros barrios en crecimiento, tanto hacia el norte como hacia el sur de la ciudad.

Durante las décadas de 1940 y 1950, la construcción de avenidas como la Caracas, la Carrera Décima, la Autopista Norte y la Avenida El Dorado respondió a la rápida urbanización de la ciudad y al crecimiento sostenido del parque automotor. Estas

obras consolidaron un modelo de movilidad centrado en el transporte vial y acompañaron la expansión urbana hacia el norte, occidente y sur. En las décadas siguientes, la electrificación y la expansión del transporte colectivo, con buses y trolebuses, facilitaron la integración funcional de la ciudad y favorecieron la consolidación metropolitana. Este proceso se reforzó, hacia finales del siglo XX, con la implementación de sistemas de transporte masivo como Transmilenio, inaugurado en el 2000, así como con la operación del aeropuerto El Dorado como nodo estratégico de conexión nacional e internacional.

Para los nuevos habitantes provenientes de zonas rurales, la ciudad ofreció un acceso ampliado a servicios energéticos, como iluminación, transporte, refrigeración y cocción, que transformaron sus condiciones de vida. En conjunto, la articulación entre electrificación, transporte e industria desde mediados del siglo XX no solo aceleró la urbanización, sino que también redefinió la relación entre energía, movilidad y bienestar en Bogotá, consolidando una transición energética urbana de carácter estructural.

Conclusiones

La transición energética de Bogotá entre 1850 y 2000 es la historia de una ciudad que dejó de mirar hacia sus bosques para conectarse a redes de gas, cables eléctricos y estaciones de servicio. Este cambio tecnológico no solo permitió el paso de una economía de subsistencia a una economía industrial y de servicios, sino que redefinió el bienestar cotidiano de sus habitantes. La reconstrucción de esta trayectoria evidencia que la transición energética en Bogotá no fue un proceso lineal ni homogéneo, sino una superposición de energías que coexistieron durante décadas. Leña, carbón, electricidad y combustibles líquidos se articularon de manera desigual según el sector, el ingreso y el territorio, configurando un metabolismo urbano híbrido en Bogotá.

Hoy, cuando la electricidad, el gas natural y la gasolina son imprescindibles en la vida diaria de los bogotanos, recordamos a Bruna no como un personaje de ficción, sino como el símbolo de un mundo orgánico que se desvaneció para dar paso a la metrópoli moderna. El análisis de estos cambios energéticos nos permite comprender que cada bombilla, estufa o automóvil encendido es el resultado de un largo proceso histórico de transformación social y tecnológica que ha impactado a millones de personas.

Bibliografía

- **Archivo de Bogotá. (1902).** *Acuerdo N.º 34 de 1902: Por el cual se reforma el expendio de maderas, animales en pie, carbón, forraje, etc.* Fondos Públicos, Concejo de Bogotá, pp. 135–137.
- **Colección fotográfica Leo Matiz, Archivo de Bogotá.**
- **Camacho Roldán, S. (1897).** *Notas de viaje.* Librería Colombiana.
- **Contraloría General de la República. (1938).** *Directorio industrial de Colombia.* Imprenta Nacional.
- **Fresso, J.-B. (2024).** *More and more and more: An all-consuming history of energy.* Penguin.
- **Pardo Pardo, A. (1972).** *Geografía económica y humana de Colombia.* Tercer Mundo.
- **Pedraja, R. de la. (1985).** *Historia de la energía en Colombia, 1537–1930.* El Áncora.
- **Rothlisberger, E. (2017).** *Album für Photographien,* Archivo de Bogotá.
- **Smil, V. (2017).** *Energy and civilization: A history.* MIT Press.

“Leña, carbón, electricidad y combustibles líquidos se articularon de manera desigual según el sector, el ingreso y el territorio”

Parada de buses en el Parque Santander, 1955.
Colección fotográfica Leo Matiz.
Archivo de Bogotá.



LA LUZ ELÉCTRICA EN BOGOTÁ

Una historia intermitente entre el deseo y el rechazo a la modernidad¹

Juan Felipe Montealegre

Filósofo y sociólogo, Magíster en Historia y Teoría del Arte, la Arquitectura y la Ciudad. Candidato a Doctor en Arte y Arquitectura de la Universidad Nacional de Colombia.



Foto1: Vista panorámica del Parque del Centenario en la inauguración del Pabellón de Bellas Artes. Clímaco M. Nieto, 1910. Colección Urna Centenaria. Archivo de Bogotá.

Palabras clave:

electrificación; modernización urbana;
cultura material; imaginarios de
modernidad; historia de la tecnología.

La noche del 28 de julio de 1910, el Parque de la Independencia de Bogotá se convirtió en un escenario novedoso para sus habitantes. En el marco de la Exposición Nacional Agrícola e Industrial, celebrada con ocasión del primer centenario de la fiesta patria y al mejor estilo de las Exposiciones Universales del siglo XIX, miles de personas se congregaron para presenciar lo que el historiador Miguel Triana describió como una “revelación fulgurante” (Comisión Nacional del Centenario, 1911: 215). Las comparaciones con las escenografías urbanas modernas y los estilos de vida europeos no se hicieron esperar. No era para menos, pues el imaginario de la modernización del país se había construido a partir de diversos elementos iconográficos, paisajísticos y discursivos procedentes del viejo continente.

Para dicho evento se había encargado la construcción de un conjunto de edificios de estilo ecléctico destinados a albergar la maquinaria, producción y otros ejemplos del progreso material del país. Entre los pabellones de la Industria y de Bellas Artes, destacaba una estructura octogonal, idéntica al Belvedere (Petit Trianon) del Palacio de Versalles en Francia: el Quiosco de la Luz, la primera edificación construida en concreto de origen nacional por el albañil Simón Mendoza. Donado por los hermanos Samper Brush, propietarios de la Compañía de Energía Eléctrica de Bogotá y Cementos Samper, el Quiosco de la luz no solo albergó la planta eléctrica que suministró la iluminación interior y exterior de la Exposición, sino que también funcionó como símbolo de cosmopolitismo y modernidad (Foto 1).

Varios cronistas de la época no dudaron en comparar el paisaje bogotano con el esplendor de las grandes capitales europeas y afirmaron que el *Crystal Palace* de la Exposición Universal de Londres de 1851 se había trasladado, como por arte de magia, a la capital colombiana. Desde entonces, el Quiosco de la Luz se ha distinguido por su valor histórico y patrimonial, pues además de planta eléctrica, funcionó como expendio de flores en 1914, sede de la Escuela Nacional de Bellas Artes en 1917, biblioteca infantil en 1938, galería durante los años 60, Centro Satélite del Museo de Arte Moderno de Bogotá en 1979 y centro de divulgación turística durante los años 90. Tras un periodo de inactividad y una restauración a comienzos del nuevo milenio, fue destinado a servir como Punto de Información Turístico en 2006 y, posteriormente, como bodega del Parque.

El Quiosco de la Luz es el único edificio superviviente de la Exposición de 1910, pues los demás pabellones y quioscos fueron desmantelados y luego demolidos. Sin embargo, este ícono bogotano suele pasar desapercibido para la gran mayoría de la ciudadanía. Detrás de esta fantasmagoría centenarista del progreso late una pregunta de índole técnica y cultural: ¿representaba el Quiosco de la Luz la llegada definitiva de la modernidad a la ciudad o constituía apenas el chispazo de una modernización material incapaz de transformar las estructuras mentales de una sociedad profundamente tradicionalista, atravesada por hondos conflictos políticos y civiles?

1. El presente escrito es una versión sintética de la investigación desarrollada en la Maestría en Historia y Teoría del Arte, la Arquitectura y la Ciudad de la Universidad Nacional de Colombia, titulada: Hacia una poética de la luz eléctrica en Bogotá (1886-1930): dispositivo y metáfora en el constructo de una ciudad moderna, la cual puede ser consultada en el repositorio institucional a través del siguiente link: <https://repositorio.unal.edu.co/handle/unal/83157>.

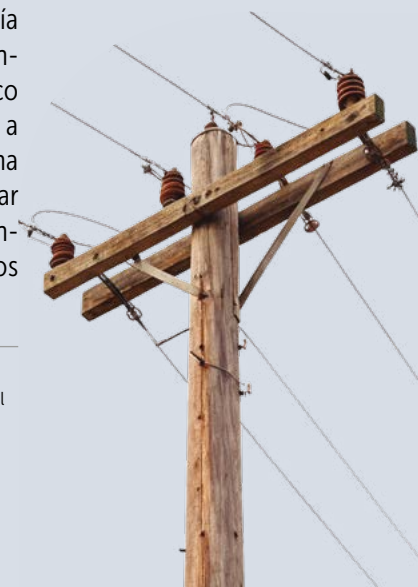


Foto 2: Quiosco de la Luz en el Parque Bicentenario de Bogotá.
Fotografía del autor,
10 de julio de 2026.



Actualmente, nuestro Quiosco de la Luz parece brillar como un faro en medio de la boscosa oscuridad del olvido (Foto 2). Para comprender la importancia de la iluminación eléctrica en la sociedad bogotana de finales del siglo XIX y las primeras décadas del XX, resulta necesario formular algunas observaciones sobre la “prehistoria” de la luz en la ciudad; un camino trabajoso e intermitente, signado por las sombras del pasado colonial y las heridas de la vida republicana.

Historia y Teoría de la Luz en Bogotá: entre el dispositivo y la metáfora

Durante el siglo XIX, el alumbrado de Santa Fe de Bogotá era precario. La noche estaba dominada por la lejana claridad de la luna y los escasos faroles de aceite de higuera o velas de sebo, cuyo material denotaba el estatus social de quien los portaba. Incluso, iniciativas como las de Antonio Nariño en 1791 y el doctor Antonio Vargas Reyes a mediados del XIX habían procurado dotar de luces —tanto físicas como intelectuales— a una ciudad que estaba acostumbrada a concebir la oscuridad como un refugio de la conspiración política y la decadencia moral o, cuando menos, como un obstáculo para la civilización (Santos y Gutiérrez, 1985).

La transición del petróleo al gas y, finalmente, al primer intento de alumbrado eléctrico en la Plaza de Bolívar y sus alrededores, realizado la noche del 7 de diciembre de 1889 por la *Bogotá Electric Light Company*, marcó un cambio decisivo en la percepción de la luz nocturna por parte de los bogotanos. De ser un lujo reservado a las clases más pudientes, esta tecnología pasó a considerarse una necesidad de primer orden para la dignidad de una capital que aspiraba a presentarse ante el mundo como una ciudad “moderna”. En este proceso, la luz eléctrica adquirió una doble significación: como *dispositivo técnico* que modificó materialmente los estilos de vida y la habitabilidad urbana, en especial durante la noche, y como *metáfora* que condensó los valores sociales del conocimiento, la belleza, el progreso y la virtud ética heredados de Occidente.

Sin embargo, tanto en Colombia como en Bogotá, esta metáfora experimentó lo que podría denominarse la *refracción* de su significado técnico y cultural al entrar en contacto con el “prisma” de la colonialidad del poder, esto es, la estructura política y económica de un proyecto civilizatorio basado en la conservación y regeneración de la cultura hispana, el humanismo católico y los valores y estructuras de la sociedad señorial. Las “luces” de la modernidad europea, ema-

nadas de los procesos de secularización de la cultura y del surgimiento de la mentalidad burguesa, individualista y utilitaria, no podían ser asimiladas de forma directa sin afectar la visión de nuestra propia “premodernidad”, entendida como la condición mestiza de la identidad nacional. De ahí que pueda hablarse de una modernidad conservadora o de un conservadurismo modernizante, aunque antimoderno, como proyecto político y cultural de la nación colombiana durante el período de la Regeneración (1886-1900)².

Aun así, la investigación histórica sobre el alumbrado eléctrico en Bogotá durante la Hegemonía Conservadora se ha enfocado en los aspectos técnicos, económicos y político-administrativos del dispositivo, desde los estudios del sector eléctrico colombiano, la evolución urbana de los servicios públicos y la historia empresarial de las entidades

2. Para profundizar en el concepto de premodernidad, véase Chaparro Amaya, A. (2008). Genealogía de la premodernidad en Colombia. En R. Sierra Mejía (Ed.), *La crisis colombiana. Reflexiones filosóficas* (pp. 55–85). Universidad Nacional de Colombia.

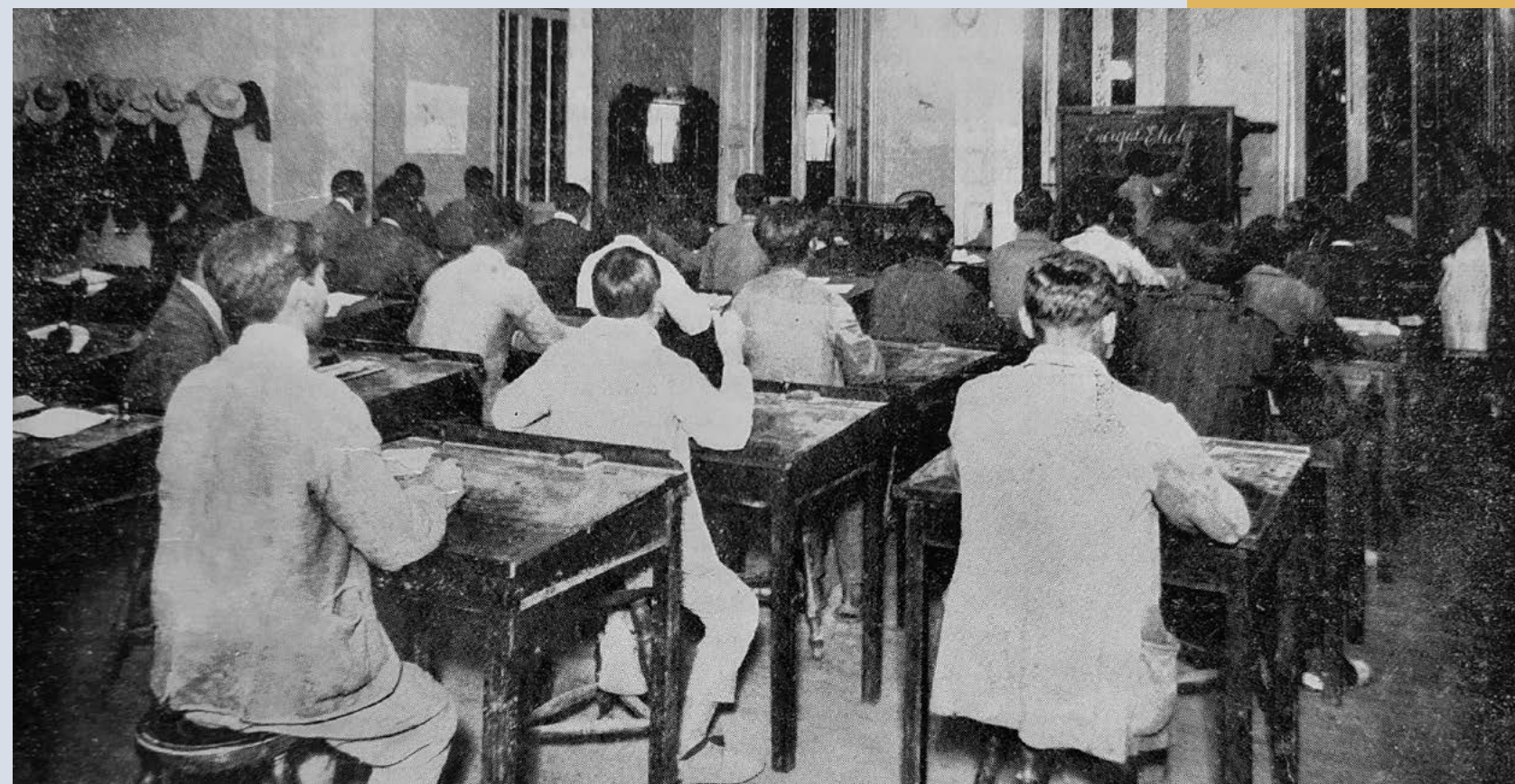


Foto 3: Escuela nocturna para obreros establecida por la Compañía de Energía Eléctrica de Bogotá.
(El Gráfico, 23 de marzo de 1912, serie VIII, núm. 78).

prestadoras, mientras ha dejado de lado la *dimensión estética y simbólica* de la electricidad como fuente de iluminación (Montealegre, 2024). ¿Cómo se formó, entonces, la conciencia sobre determinadas características de la luz eléctrica en Bogotá, tales como su intensidad y temperatura de color? ¿Cómo cambió la actitud frente a los sistemas de iluminación urbana, en términos de la capacidad y pertinencia para satisfacer las necesidades y expectativas de una ciudad en vías de modernización?

La recepción del ingenio: Bogotá y la Exposiciones Internacionales de Electricidad

Mientras en París, la Ciudad Luz, la modernización material y la modernidad intelectual avanzaban con relativa sincronía, Bogotá mostraba una marcada asincronía entre ambos procesos. Sin una

economía capitalista ni una industria nacional consolidadas, a la ciudad llegaban con lentitud productos terminados de la segunda revolución industrial europea —como la bombilla incandescente, el concreto armado y el cine, entre otros— sin que hubieran ocurrido transformaciones políticas, espirituales y culturales semejantes a las asociadas con la secularización europea. Esta diferencia condicionó las formas de apropiación de la experiencia moderna en los contextos local y nacional.

No obstante, la fascinación por la electricidad no fue un fenómeno espontáneo en Bogotá, sino el resultado de una red transatlántica de información

y comunicación que alimentó el deseo de progreso antes de que existiera la infraestructura necesaria y la estabilidad económica para sostenerlo. Entre 1870, cuando surgieron los primeros modelos de lámparas incandescentes, y 1914, con el inicio de la Primera Guerra Mundial, el sistema capitalista global se transformó gracias a la versatilidad de la energía eléctrica. Este proceso tuvo sus principales vitrinas en las Exposiciones Internacionales de Electricidad, las cuales funcionaron como plataformas especializadas para exhibir el reencantamiento del mundo bajo una visión científica e instrumental del nuevo agente energético.

A pesar de su aislamiento geográfico y —ciertamente— cultural, Bogotá recibió noticias detalladas de estos eventos a través de informes diplomáticos publicados en el *Diario Oficial*. Uno de los documentos más importantes fue el reporte del cónsul en Londres, Alfredo Aldana, sobre la Exposición de París de 1881. En él describió con asombro un Palacio de la Industria donde, gracias a cientos de luces poderosas, “el espacio interior aparecerá sin una sombra”, y señaló el enorme desafío técnico de lograr la “divisibilidad” de la luz —es decir, regular su intensidad—, para que los focos pudieran utilizarse con economía en la esfera doméstica (Santos y Gutiérrez, 1985: 70-72).

De este modo, la prensa bogotana actuó como un amplificador del asombro energético y contribuyó a moldear la sensibilidad de los ciudadanos. Ese mismo año (1881), el diario *La Pluma* difundió las impresiones de Edmundo de Amicis sobre París, quien comparó la iluminación eléctrica con un “incendio” maravilloso, “como si la gran ciudad hubiera matado el sueño para siempre y estuviese condenada por Dios al suplicio de una fiesta eterna” (Rodríguez, 1999: 67). Por su parte, el diario *La Reforma* presentó en 1882 la labor de Thomas Alva Edison, protagonista de la segunda Exposición Eléctrica de Londres, e introdujo en el léxico local el concepto de “luz civilizada” para referirse a una iluminación fija, estable y

“cariñosa para la vista”, en contraste con la intensidad desbordante de las lámparas de arco voltaico, que sólo podían utilizarse en espacios exteriores (Santos y Gutiérrez, 1985: 73). La innovación de las bombillas incandescentes de Edison consistió en reducir los riesgos y la contaminación producidos por la iluminación de gas en los hogares burgueses.

Este flujo de noticias permitió que la élite bogotana se sintiera atraída por las luces del progreso extranjero, mientras constataba con amargura su propio atraso. Así, la luz eléctrica se consolidó en el imaginario bogotano, aunque no todavía en su realidad social, no sólo como un recurso técnico de primer orden, sino como “la coronación del arte del alumbrado” (Santos y Gutiérrez, 1985: 75), que preparaba el terreno para la gran escenificación del Centenario en 1910.

Ethos empresarial y resistencia al cambio

Frente a la inercia del modelo hacendatario y señorial, los hermanos Samper Brush representaron la emergencia de un *ethos* cívico y moderno. La Compañía de Energía Eléctrica de Bogotá, de la cual fueron sus fundadores, no sólo proveía luz a los hogares y fuerza a las fábricas, sino que también procuraba educar a sus trabajadores en las virtudes del ahorro, la higiene y el ascenso social (Foto 3); Don Santiago Samper, el mayor de los hermanos, hablaba en este sentido de dar “luz por luz”, vinculando el servicio técnico del alumbrado con la luz de los valores cristianos y la fraternidad social (Rodríguez, 1999: 132-133).

No obstante, esta visión chocaba con la atmósfera política y cultural de la “Atenas Suramericana”, título acuñado por extranjeros y abrazado con arrogancia por la élite letrada, que funcionaba como una especie de armadura contra las amenazas de la modernidad emergente. La Atenas criolla se preciaba de su pureza lingüística y fervor católico, pero desconocía la ciencia, la industria y la miseria que rodeaban su ambiente opaco y conventual. Para



figuras como Miguel Antonio Caro y Rafael María Carrasquilla, el progreso industrial y el liberalismo económico no constituían valores ejemplares, sino idearios peligrosos que debían ser contenidos por los principios de la fe (Foto 4).

Esta tensión entre el deseo de una nueva época y el rechazo a sus consecuencias éticas y culturales quedó plasmada en la obra de distintos poetas del siglo XX. En su poema *Amo la noche*, Aurelio Arturo (1962) presentó la luz eléctrica como motivo de fascinación y comparó con entusiasmo los hilos conductores de una “danza de luces mágicas” con las cuerdas de una “dócil guitarra”, mientras celebraba las noches habitadas por “cristales azulados” y “lámparas tibias” (73-74).

En el extremo opuesto, la *Elegía de las lámparas* de Rafael Maya (1979) expresa un sentimiento de pérdida frente a los “negros inventos” de los nuevos tiempos. Para el poeta conservador, la luz eléctrica era una “luz de hielo”, un fulgor “firme y seco” que disipaba el misterio de los hogares y los zaguanes téticos donde se refugiaba la tradición. Bajo el ojo frío de la bombilla “comenzó a rezarse menos”, aunque, por fortuna, según afirma, en ciertas noches aquella luz helada se apagaba y “reaparecen entonces el miedo y las sombras todas del antiguo tiempo” (227-233), lo que también revelaba la inestabilidad en la prestación del servicio público.

Ambas visiones poéticas resumen, por tanto, la experiencia bogotana de la modernidad: un movimiento pendular entre la nostalgia por el orden hispánico y el asombro ante un progreso técnico que, aunque deseado, resultaba alienante.

“La Atenas criolla se preciaba de su pureza lingüística y fervor católico, pero desconocía la ciencia, la industria y la miseria que rodeaban su ambiente opaco y conventual”

Foto 4: Iluminación general del frontis de la Catedral. (Cromos, 12 de julio de 1919, vol. 8, núm. 10, p. 6).



Las fuentes luminosas de la Plaza de Bolívar

La historia de las fuentes luminosas de la Plaza de Bolívar constituye el último gran espectáculo de la modernidad eléctrica durante la Hegemonía Conservadora, al funcionar como dispositivo de gobierno y metáfora del poder centralizado. Más que una mejora urbana, este proyecto encarnó la tensión entre el deseo de cosmopolitismo de las élites y la crítica a una modernización percibida como un espejismo colectivo.

El diseño de la nueva Plaza de Bolívar fue confiado al arquitecto Alberto Manrique Martín y consistió en la construcción de una plazoleta cuadrada con cuatro fuentes de agua, cuyo estilo neoclásico francés buscaba transformar el aspecto colonial y santafereño de la ciudad. El proyecto se concretó en 1928 mediante un contrato entre la administración municipal y *The International General Electric*, autorizado por el Acuerdo No. 44 del 30 de abril (Ar-

tículo 1, numeral 19), por un valor de \$18.574 pesos corrientes (Concejo de Bogotá, 1928). El sistema, denominado NOVALUX, incluía bombillas centrífugas y cambiadores eléctricos que permitirían proyectar luces multicolores sobre chorros de agua de hasta 20 metros de altura. Tanto para la Sociedad de Embellecimiento como para buena parte de la ciudadanía, las fuentes representaban un espectáculo novedoso que prometía situar a Bogotá al nivel de las grandes capitales modernas.

Finalmente, la noche del 19 de julio de 1929, una multitud colmó la plaza pública para presenciar el estreno de los “surtidores mágicos”. La prensa describió con asombro cómo el agua se coloreaba de tonos rojos, verdes, naranjas y blancos, creando un “iris de sorprendente golpe a la vista” (*El Tiempo*, 20 de julio de 1929: 16). Durante el acto inaugural, la fuente de la esquina sureste falló y proyectó únicamente el color naranja, señal de la fragilidad técnica del sistema eléctrico (Foto 5).

Foto 5: Francisco Prieto. La Plaza de Bolívar adquirió con las fuentes luminosas un aspecto feérico desconocido entre nosotros. (Cromos, 27 de julio de 1929, vol. XXVIII, núm. 670, s. p.).



Sin embargo, frente al entusiasmo popular surgió una dura crítica que calificó las fuentes luminosas como un “juguete edilicio” y denunció estas obras como estrategias del gobierno municipal encaminadas a distraer a una ciudadanía “aburrida y triste” de los graves problemas nacionales, las agitaciones políticas y la profunda crisis fiscal del gobierno (*El Tiempo*, 20 de julio de 1929: 3). La opinión pública no podía ignorar que, mientras se gastaban cientos de miles de pesos en efectos lumínicos, el municipio era incapaz de “dar pan a los hombres” y de sostener la obra a largo plazo. Poco después, la realidad pareció confirmar estas críticas: la ilusión de modernidad se desvaneció y solo quedaron las pilas sin agua, llenas de moho y basura.

A modo de conclusión: una poética de la intermitencia

La historia de la luz eléctrica en Bogotá entre 1886 y 1930 es también la historia de una intermitencia sociotécnica. No sólo por las fallas del sistema de alumbrado, que a menudo devolvían la

ciudad a la penumbra, sino por la dificultad para consolidar un proyecto integral de modernidad urbana que trascendiera el plano material. La luz eléctrica funcionó entonces como un dispositivo de reencantamiento de la ciudad, al crear la ilusión de una civilización próspera en el gran escenario de la Exposición de 1910 o en la Plaza de Bolívar de los años 30.

Empero, vista a través del prisma del proyecto regeneracionista y conservador, esa luz se refractó y adquirió un matiz opaco. Bogotá fue percibida como una “Ciudad de la Luz” de manera episódica, una capital que se revestía de electricidad durante los días de fiesta, pero que al amanecer regresaba a la condición de una “modernidad postergada” (Jaramillo, 1994). Así, la poética de esta luz eléctrica residió en aquellos chispazos de cambio que, aunque no lograron disipar las sombras del pasado colonial, permitieron a los bogotanos imaginar por breves instantes el futuro de una nación que aún busca encontrar su propio brillo, como el Quiosco de la Luz en el concierto del mundo (pos)moderno.

“El sistema, denominado NOVALUX, incluía bombillas centrífugas y cambiadores eléctricos que permitirían proyectar luces multicolores sobre chorros de agua de hasta 20 metros de altura”

Referencias bibliográficas

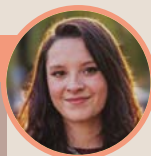
- **Arturo, A. (1962).** Morada al sur. Ministerio de Educación Nacional.
- **Comisión Nacional del Centenario. (1911).** *Primer centenario de la Independencia de Colombia 1810–1910*. Escuela Tipográfica Salesiana.
- **Concejo de Bogotá. (1928, abril 30).** Acuerdo No. 44 [Acuerdo]. Archivo de Bogotá, Fondos Públicos, Concejo de Bogotá, serie Acuerdos, ff. 224–277.
- **El Tiempo. (1929, julio 20).** Año XIX, núm. 6396. Google News. <https://news.google.com/newspapers?nid=N2osnxbUuuUC&dat=19290721&printsec=frontpage&hl=en>
- **Jaramillo, R. (1994).** *Colombia: La modernidad postergada. Argumentos*.
- **Maya, R. (1979).** *Poesía*. Banco de la República.
- **Montealegre, J. F. (2024).** Luz de arco y luz incandescente: Estética del alumbrado eléctrico en Bogotá, Colombia (1889–1919). *Decumanus*, 13(13). <https://doi.org/10.20983/decumanus.2024.2.1>
- **Rodríguez, J. C. (1999).** *Historia de la Empresa de Energía de Bogotá: Tomo I*. Empresa de Energía de Bogotá; Universidad Externado de Colombia.
- **Santos, E., & Gutiérrez, E. (1985).** *Crónica de la luz: Bogotá, 1800–1900*. Empresa de Energía de Bogotá.

Entre pulsos y tensiones

SURGIMIENTO Y CONSOLIDACIÓN DE LA EMPRESA DE ENERGÍA ELÉCTRICA DE BOGOTÁ

Reina Alejandra Jiménez Díaz

Politóloga y Maestra en Psicoanálisis de la Universidad Nacional de Colombia, así como Especialista en Archivística.



Colección Archivo de Bogotá.
Empresa de Energía Eléctrica de Bogotá.



A través de la odisea de “dos generaciones de hombres de recia voluntad”¹, que no hacían sino soñar y planear el milagro de la energía eléctrica, nació la primera unidad generadora para Bogotá: la Planta de El Charquito. Se trataba de la familia de Joaquín Samper, integrada por Manuel, Santiago, José María, Antonio, Joaquín y Tomás Samper Brush, fundadores de las Empresas de Energía de Bogotá.

Tras el fracaso del primer ensayo para instalar el alumbrado público, con el que se buscaba reemplazar las bombillas de 10 bujías que iluminaban la capital, el 6 de agosto de 1900 la ciudad pudo conocer el alumbrado público instalado por los Samper Brush con motivo de la conmemoración de la fundación de Bogotá por Gonzalo Jiménez de Quesada. Desde finales del siglo XIX, Antonio Samper anticipaba la iniciativa de sustituir el alumbrado de gas, idea que transmitía con rapidez a través de intercambios epistolares con sus hermanos, amigos, conocidos e incluso desconocidos, con el propósito de persuadirles de invertir su dinero bajo la premisa de contribuir al progreso de la ciudad y llevar la energía eléctrica a Bogotá. Esta iniciativa había sido también promovida y alentada por su padre, Miguel Samper Agudelo, de manera que, hacia 1892, comenzaron a gestarse las bases para realizar unas ideas que marcarían una ruptura en la historia de una ciudad que aún conocía muy poco sobre la energía eléctrica.

1. Así fueron descritos los Samper Brush en una publicación del periódico El Tiempo del 6 de agosto de 1950, ejemplar conservado por el Archivo de Bogotá en el Fondo Empresa de Energía Eléctrica de Bogotá.

Fue en medio del brío y las tensiones de las luchas partidistas, bajo las cuales se forjaba el semblante de la nación, que Antonio Samper “se gastaba las horas inspeccionando riscos aledaños al río Bogotá, en lo que hoy conocemos como asiento de las fábricas de Alicachín y el sitio denominado El Charquito. Observaba con todo cuidado el torrentoso y continuo descender de las aguas, y uno y otro y varios días se cumplió el recorrido, lo que trajo a cuidado, la atención de los vecinos de aquellas regiones, quienes no veían sino al iluso próximo a salirse de mente” (El Tiempo, domingo 6 de agosto de 1950). Asimismo, Antonio Samper también era reconocido como “un individuo de gran cultura, inclinado a desentrañar y conocer el porqué de los fenómenos físicos y naturales, el movimiento de las máquinas y el prodigio de la electricidad, inundando su biblioteca particular con libros sobre tales materiales.

Es poca la información que puede obtenerse acerca de Antonio Samper. Con todo, se relata también que “por esa misma época don Antonio tenía un hermano en el exterior, a quien escribió sobre lo que consideraba gran riqueza natural y potencial suficiente para mover máquinas que sustituyeran el desagradable alumbrado de gas” (El Tiempo, domingo 6 de agosto de 1950).

Según relataba el propio Andrés Samper, en un artículo titulado “Los grandes capitanes de la industria”, Miguel Samper Agudelo propondría destinar todo su patrimonio al desarrollo de la Empresa de Energía Eléctrica de Bogotá, para llevar a término las ideas y anhelos proyectados. En aquel documento se condensa la “obra ciclópea que implicó la traída de los equipos desde Europa hasta la planicie y, desde allí, hasta el lugar previamente escogido por don Antonio, sin vías de comunicación, ni elementos de transporte. Sólo el esfuerzo humano y la voluntad intrépida llevaron aquellas máquinas generadoras, el cemento y la piedra hasta esos lu-

gares” (El Tiempo, domingo 6 de agosto de 1950). De este modo, cada uno de los Samper se hallaba en una parte distinta de Europa para despachar los insumos hidroeléctricos fabricados por la empresa Escher Wyss & Company de Zúrich, junto con los alternadores de los talleres Oerlikon. Otros hermanos Samper se encontraban, por su parte, en Barranquilla, para reembarcar la carga por el río Magdalena hasta La Dorada o el puerto Arrancaplumas, donde otros miembros de la familia los remitían finalmente a la planta de El Charquito.

La hazaña llevada a término por la familia Samper Brush fue considerada casi un milagro. Antonio Samper actuó como el ideólogo del proyecto, José María Samper como ejecutor, Manuel Samper como organizador y Santiago Samper como responsable de materializar la iniciativa. En torno a la llegada de la luz eléctrica a Bogotá se tejieron múltiples anécdotas, pues los relatos de quienes participaron de manera directa en la empresa, así como de quienes respaldaron esa labor, adquirieron un carácter casi mítico. Uno de los testimonios fundamentales para la reconstrucción histórica de la Empresa de Energía

“Desde finales del siglo XIX, Antonio Samper anticipaba la iniciativa de sustituir el alumbrado de gas”

Colección Archivo de Bogotá.
Empresa de Energía Eléctrica de Bogotá.



“El testimoniante relata igualmente cómo una decena de trabajadores logró escapar de manera casi milagrosa de la muerte tras un accidente”

Eléctrica de Bogotá es el de Wenceslao Rodríguez Ramírez, quien se incorporó a las obras en 1897 por recomendación expresa de Santiago Samper Brush. Su condición de testigo directo permite conocer el proceso de levantamiento de las murallas, el anclaje de las máquinas, la construcción de los primeros embalses, de aproximadamente 300 metros, y las estrategias empleadas para evitar las infiltraciones de agua, entre ellas el uso de bombas provisionales elaboradas con tubos de guadua.

No obstante, los testimonios asociados a la construcción de la Empresa de Energía Eléctrica de Bogotá no se limitan a anécdotas favorables o celebratorias. El desarrollo de una obra adelantada para su tiempo dio lugar también a relatos de carácter trágico, derivados de la ausencia de previsiones técnicas y de mecanismos de protección que garantizaran la seguridad de los obreros involucrados. Entre los episodios consignados por Wenceslao Rodríguez Ramírez se encuentra la muerte de uno de los primeros trabajadores de la empresa, Calixto Ladino, quien perdió la vida a causa de la explosión de un cuñero, así como los derrumbes de muros de contención y de las bases que comenzaban a servir de soporte para la planta de El Charquito.

En un relato fechado en 1950, Wenceslao registra además una serie de episodios que dan cuenta de los trabajos, las vidas y los “milagros” ocurridos durante la obra, entre los cuales destaca el protagonizado por la llamada mula fundadora. Según el testimonio, “en el lapso de tres días este animal permitió reunir a más de sesenta hombres que transitaban por las veredas de Sibaté, San Miguel, Soacha, El Salto y sus alrededores. Asimismo, se comportaba dócilmente con su jinete, transportando tanto los más pesados fardos de mercancías y cemento como los ásperos y maltratantes rajones de piedra rocallosa, e incluso condujo con especial cuidado hasta la capital a un trabajador herido en medio de las faenas” (El Tiempo, 1950).

El testimoniante relata igualmente cómo una decena de trabajadores logró escapar de manera casi milagrosa de la muerte tras un accidente, con quemaduras de diversa consideración como únicas secuelas. En contraste, otro obrero sufrió asfixia dentro de una tubería de gran diámetro mientras realizaba labores de soldadura en sus uniones. Este trabajador, llamado Isidro Rodríguez, fue salvado de forma valerosa por José María Samper, según lo señala Andrés Samper en el artículo citado.



Colección Archivo de Bogotá.
Empresa de Energía Eléctrica de Bogotá.

Más allá de los testimonios y de las narraciones que se entrelazan en torno a los trabajos realizados para la construcción de la primera planta generadora, es posible advertir que la empresa impulsada por la familia Samper Brush constituyó la primera empresa productora de energía eléctrica de Colombia. Esta quedó formalmente constituida en Bogotá con un capital suscrito de 840.000 pesos oro, aportado en su totalidad por los socios. José María Samper actuó como intermediario principal del proyecto y, por su conducto, se adelantaron las gestiones para la adquisición de maquinaria y dotación técnica, importadas desde Europa por vía marítima hasta Puerto Colombia, en Barranquilla. Desde allí, los cargamentos fueron transportados por el río Magdalena hasta Puerto Cambao, donde eran recibidos por otros miembros de la familia Samper Brush para su posterior traslado terrestre hacia la capital. Este último tramo se realizó mediante el uso de bueyes, mulas, zorras e incluso a rastras, a través de recorridos extensos y difíciles. A medida que la maquinaria iba llegando a su destino, el ingeniero italiano José Vernagno fue el encargado de su montaje y puesta en funcionamiento.

La constitución de la Empresa de Energía Eléctrica de Bogotá se apoyó en un conjunto de disposiciones normativas que hicieron posible su surgimiento y consolidación. Para ello, Santiago Samper obtuvo una concesión inicial por cincuenta años, otorgada por el municipio mediante el Acuerdo n.º 21 de 1895, sancionado por el entonces alcalde de Bogotá, Higinio Cualla, así como por el Departamento de Cundinamarca a través de la Ordenanza n.º 20 de 1896, expedida durante la presidencia de Inocencio Madero y sancionada por el gobernador encargado Rafael Pinto. De manera complementaria, la empresa adquirió los terrenos aledaños a El Charquito, destinados a la construcción de la bocanoma y el canal, la instalación de la tubería y el montaje de la maquinaria. En este contexto, la oferta de dotar a la ciudad de alumbrado incandescente

otorgó a los Samper Brush y Compañía un régimen de privilegio para la explotación del servicio, que llegó a proyectarse por un término de hasta cien años.

La puesta en funcionamiento del alumbrado eléctrico no solo transformó las condiciones materiales de la ciudad, sino que también introdujo una nueva experiencia urbana y simbólica en la vida cotidiana de Bogotá. La luz eléctrica alteró los ritmos de trabajo y descanso, redefinió los usos del espacio público y se convirtió en un signo visible de modernidad y progreso, en contraste con las formas tradicionales de iluminación. En este sentido, la Empresa de Energía Eléctrica de Bogotá no operó únicamente como una infraestructura técnica y económica, sino también como un dispositivo que reorganizó las prácticas sociales, las percepciones temporales y las representaciones de la ciudad. Así, la llegada de la luz eléctrica marcó un punto de inflexión en la forma en que Bogotá comenzó a concebirse a sí misma como una ciudad moderna, al articular el esfuerzo empresarial, el respaldo normativo y la experiencia de sus habitantes en un mismo proceso de transformación urbana.

En un primer momento, la instalación del servicio de alumbrado eléctrico se concentró en algunas viviendas particulares de quienes solicitaron de manera directa el suministro. Posteriormente, se extendió a un número reducido de calles públicas, donde la novedad tecnológica despertó la curiosidad de transeúntes que se congregaban en pequeños grupos para observar los trabajos de instalación. No obstante, el crecimiento progresivo de la demanda de energía puso rápidamente en evidencia las limitaciones de la infraestructura disponible. Para 1920, el río Ubaque presentaba una caída aproximada de 200 metros en un recorrido de dos kilómetros y un caudal cercano a los 750 litros por segundo, volumen suficiente para abastecer el servicio de los tranvías municipales y cuadruplicar el alumbrado público existente. Aun así, el problema de la escasez de fuerza eléctrica persistió y se prolongó hasta la construcción del embalse de Muña.

“La constitución de la Empresa de Energía Eléctrica de Bogotá se apoyó en un conjunto de disposiciones normativas que hicieron posible su surgimiento y consolidación”



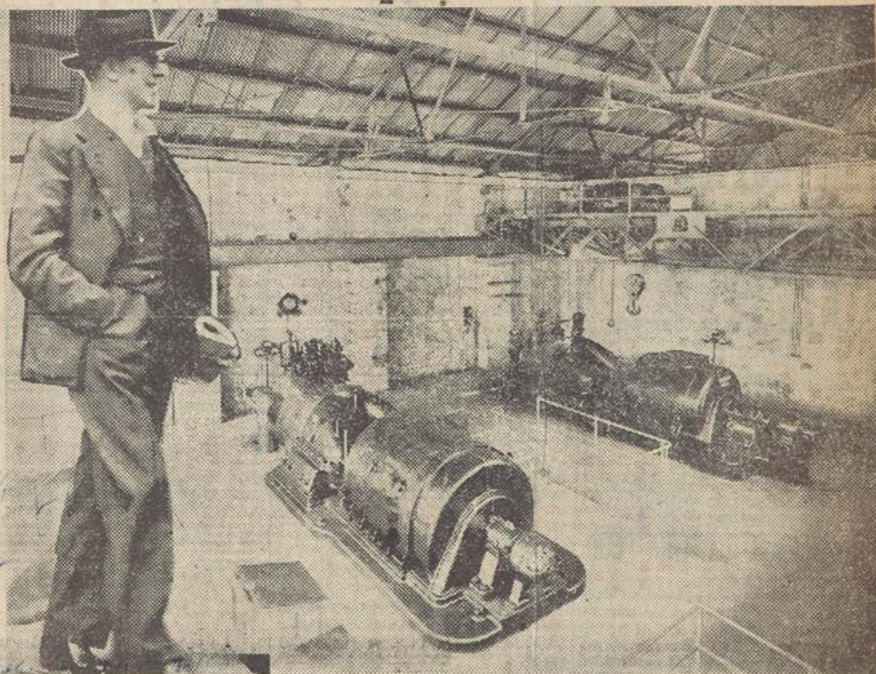
“La historia de la Empresa de Energía Eléctrica de Bogotá permite comprender la introducción de la electricidad en la capital del país no solo como un hito técnico, sino como un proceso en el que confluyeron iniciativas empresariales, disposiciones normativas, saberes especializados y experiencias humanas concretas”

Colección Archivo de Bogotá.
Empresa de Energía Eléctrica de Bogotá.

ES GRAVISIMO EL DAÑO EN LA PLANTA ELECTRICA

ESPECTADOR Marzo 5/941

Habrán Turnos por Todo el Verano



De las dos turbinas que la fotografía muestra, la que se encuentra en primer plano es la que ha sufrido una gravísima avería. La que se ve a fondo, que es la turbina menos potente, es la que está sosteniendo el servicio en Bogotá. Al lado, el ingeniero Jaime Samper, jefe técnico de las Empresas Unidas de Energía Eléctrica, que dirige los trabajos.



La superación de esta limitación requirió la ejecución de sucesivos trabajos de ensanche y ampliación en las plantas de El Salto y El Charquito. En este contexto, la construcción del embalse del río Muña, una obra de dimensiones nueve veces superiores a las del embalse de La Regadera, se constituyó en una intervención esencial para el progreso de la ciudad. Con el propósito de atender la creciente demanda energética derivada del desarrollo urbano, las Empresas Unidas de Energía Eléctrica de Bogotá emprendieron la construcción de la gran represa del río Muña, concebida como una obra de gran envergadura y valor estratégico. Su objetivo principal fue regular el caudal del río Bogotá, cuyas aguas alimentaban la maquinaria de las plantas de El Charquito y El Salto, con miras a alcanzar una capacidad de generación superior a los 60.000 kW.

La ampliación sostenida de la capacidad de generación eléctrica tuvo efectos directos sobre la configuración material y simbólica de Bogotá. El fortalecimiento del alumbrado público y el suministro de energía a los tranvías municipales no solo facilitaron la expansión de la ciudad hacia nuevas áreas, sino que transformaron los usos del espacio urbano, prolongaron las jornadas de actividad y redefinieron las dinámicas de circulación y encuentro. La luz eléctrica hizo posible una ciudad que comenzaba a habitarse también de noche, al tiempo que acompañó el crecimiento de servicios, comercios e incipientes actividades industriales. En este proceso, la infraestructura energética dejó de ser un soporte invisible para convertirse en un elemento central de la modernización urbana, es-

trechamente vinculado a las aspiraciones de progreso, orden y desarrollo que marcaron la vida de la capital en las primeras décadas del siglo XX.

De este modo, la historia de la Empresa de Energía Eléctrica de Bogotá permite comprender la introducción de la electricidad en la capital del país no solo como un hito técnico, sino como un proceso en el que confluyeron iniciativas empresariales, disposiciones normativas, saberes especializados y experiencias humanas concretas. Los testimonios de quienes participaron en la construcción de las primeras plantas generadoras revelan tanto la dimensión épica y mítica, en un sentido fundacional de la entidad, como los riesgos y precariedades que acompañaron una obra adelantada para su tiempo. La electrificación de Bogotá se presenta así como un proceso histórico en el que la técnica, la industrialización del país y la experiencia social se entrelazan de manera decisiva, dejando una huella duradera en la configuración material y simbólica de la ciudad. A su vez, la documentación custodiada por el Archivo de Bogotá en el fondo de la Empresa de Energía Eléctrica de Bogotá constituye un testimonio fundamental del surgimiento, la consolidación e incluso el declive de esta entidad, y permite rastrear las huellas materiales y administrativas de un proyecto que marcó de manera decisiva el destino de Bogotá como “ciudad futura”.

Bibliografía

- **Archivo de Bogotá.** Colección Empresa de Energía Eléctrica de Bogotá.

Colección Archivo de Bogotá.
Empresa de Energía Eléctrica de Bogotá.

AHORA LA ELECTRICIDAD CUESTA MENOS EN BOGOTÁ!

TIEMPO **TODO DOMICILIO PARTICULAR SE BENEFICIARA CON ESTAS NUEVAS TARIFAS**

*Aproveche Ud. La Rebaja
Para Aumentar Sus Comodidades!*

Anteriormente las casas particulares pagaban lo siguiente:

Casas con contador sencillo: Las 24 horas	..\$ 0.10 kWh
Casas con contador doble: 6 horas, de las 18 a las 24	..\$ 0.12 kWh
18 horas, de las 0 a las 18	..\$ 0.03 kWh

AHORA las residencias particulares pagarán lo siguiente:

Por los primeros 29 kWh consumidos durante el mes	..\$ 0.09 kWh
Por los siguientes 60 kWh consumidos	..\$ 0.06 kWh
Por el excedente sobre 89 kWh consumidos	..\$ 0.03 kWh

Estas reducciones benefician particularmente a las familias de la clase media y de la clase trabajadora. Las nuevas tarifas no son aplicables a usos comerciales o industriales, pensiones hoteles, casas de inquilinato, etc.

Ya no tendrá usted que preocuparse de la hora en que utiliza la corriente.

EMPRESAS UNIDAS DE
ENERGIA ELECTRICA, S. A.



Pieza destacada

Esta fotografía de la Carretera Séptima, tomada hacia la década de 1960, muestra en un costado una estación de gasolina y un automóvil, y en el otro, un caballo, mientras dos personas se encuentran a pocos metros de él. La escena reúne energías fósiles y orgánicas, y representa bien que las transiciones energéticas consisten en una superposición de fuentes de energía, más que en el desplazamiento inmediato de unas por otras.

